

naban la novela sin oírla, y la cerraban sus puertas con el mismo terror que á la peste. Por otra parte, el movimiento literario era nulo, y todo se consagraba á las áridas cuestiones de la política.

La primera época de entusiasmo literario reapareció, por fin; y un joven, entonces consagrado con ardor á la bella literatura y notable por su talento, por su fina observación y por los conocimientos adquiridos en sus viajes y en sus estudios de las obras extranjeras, fué el nuevo autor. Llamábase este D. Manuel Payno, y la nueva producción *El Fistol del Diablo* tuvo una popularidad merecida, porque era también un estudio de la sociedad mejicana, ya un poco diferente de aquella que pintó el Pensador; aunque es necesario decir que como las costumbres no se cambian como una decoración teatral, aun ahora mismo viven muchos tipos del *Periquillo*, y aun no desaparecen completamente las costumbres ni el lenguaje popular de aquella época.

Pero Manuel Payno tenía mayor instrucción que Lizardi: la literatura extranjera, y particularmente la francesa, había penetrado en nuestro país. *El Fistol* tuvo una forma más elegante; su estilo era florido, ameno y escogido; el gusto en las frases, en las escenas de amor y en

los tipos, revelaba desde luego al hombre fino y que frecuentaba la mejor sociedad, al poeta lleno de sensibilidad y de ternura, al discípulo de una escuela literaria elegante y al hombre de mundo. Se leyó con avidez esta novela, y aun se tuvo una gran ansiedad cuando el autor la suspendió al fin, dilatando la publicación del desenlace.

Esta no fué la única novela de Payno; á ella siguieron pequeñas leyendas, todas graciosas é interesantes, y cuyo único defecto era ser demasiado pequeñas.

Después de Payno hubo otro paréntesis, hasta que Fernando Orozco y Berra publicó su *Guerra de treinta años*, novela bellísima, original, escéptica, sentida, que respira voluptuosidad y tristeza, y que es la pintura fiel de las impresiones de un corazón corroído por el engaño y por la duda, y que había entrado en el mundo, ávido de amor y de goces. Nosotros pondríamos por epígrafe al libro de Orozco, esta quintilla de Enrique Gil:

Ay del corazón del niño  
Que se abrió sin vacilar,  
Sin reserva y sin aliño,  
Pidiendo al mundo cariño,  
Y no lo pudo encontrar.

*La guerra de treinta años* es la historia de un

corazón enfermo; pero es también la historia de todos los corazones apasionados y no comprendidos. Fernando Orozco fué muy desgraciado; murió joven y repentinamente, poco después de la publicación de su novela, que es la historia de su vida. Los personajes que en ella retrata, vivían entonces, algunos viven aún, y los jóvenes, á quienes su narración interesó en alto grado, hacían romerías para ir á conocer á aquella ingrata Serafina que fué la negra deidad de sus amores.

Fernando Orozco tiene una extraña semejanza con Alfonso Karr, y hasta la forma loca y original de la *Guerra de treinta años* es la misma que la de *Bajo los tilos* de aquel, que según la carta final, es también la historia de sus pesares. Leyendo ambas novelas se sorprende uno de su analogía.

Después de Fernando Orozco hubo nuevo paréntesis hasta Florencio María del Castillo, el pobre mártir de Ulúa, cuya memoria nos es tan querida. Era casi nuestro hermano, y al nombrarle y al hablar de sus obras, se conmueve nuestra alma al recuerdo de aquellos días de la juventud que pasamos juntos, soñando y hablando como sueñan y hablan dos seres á quienes une la fraternidad del amor á la gloria, de la poesía y de la juventud y de la desgracia.

Florencio del Castillo es, sin duda, el novelista de más sentimiento que ha tenido Méjico, y como era además un pensador profundo, estaba llamado á crear aquí la novela social. Sus pequeñas y hermosísimas leyendas de amores, son la revelación de su genio y de su carácter. En esas leyendas no se sabe qué admirar más, si la belleza acabada de los tipos, ó el estudio de los caracteres, ó la exquisita ternura que rebosa de sus amores, siempre púdicos, siempre elevados, ó bien el estilo elegante y fluido del diálogo; ó la verdad de las descripciones, que son como fotografías de la vida en Méjico.

Cada una de sus heroínas es un ángel de bondad y de dulzura, porque Florencio pensó, y con razón, que para hacer amar la virtud á la mujer, no era preciso calumniar á ésta, sino por el contrario, iluminarla con los rayos del sentimiento, poetizarla, hacerla divina. Así, en sus leyendas no se ve á una sola de esas mujeres extraviadas, violentas, imperiosas, ulceradas por los vicios y aborrecibles; ninguno de esos ejemplares de mujer maldiciente y procaz, que van vertiendo por donde quiera el veneno de su corazón, haciéndose semejantes á las víboras por la fetidez del aliento de su alma. No: Florencio era demasiado delicado para levantar del lodo á esos reptiles y mostrarlos á la sociedad, que hartó

los conoce, y vuelve el rostro con repugnancia al encontrarlos.

Las heroínas de Florencio son jóvenes virtuosas, apasionadas, melancólicas con esa melancolía que hace llorar y no aborrecer al mundo, con esa melancolía que da dulzura al alma de la mujer, como la blanda luz de la luna da un color suave á su semblante. Ellas aman y sufren, y luchan y lloran en silencio; pero jamás se desesperan, jamás se sublevan contra el destino, jamás sucumben vergonzosamente, jamás se hunden en la perdición. En esas vírgenes pálidas y enamoradas cree uno uno ver ángeles, y se adivinan tras de ellas las alas de la inocencia plegadas por la resignación y el dolor, pero dispuestas á abrirse para remontar al cielo. Florencio tampoco ha ido á buscarlas en los palacios de los grandes de la tierra; no: quizás pensó que allí el lujo y el bienestar endurecen el corazón y sólo despiertan los sentidos. Generalmente las encontró entre las clases pobres, entre los que sufren, entre los que no tienen más goces que los del amor casto y sincero.

Por lo demás, Florencio es un poeta en la extensión de la palabra; pero un poeta melancólico. Nadie como él supo, con sus novelas, conmover tanto y dejar una impresión de honda tristeza, porque ése es el carácter de su poesía.

Sus leyendas no concluyen en matrimonio, ni en abrazos, ni en agradables sorpresas; todas ellas se desenlazan dolorosamente como los poemas de Byron; pero diferenciándose del poeta inglés en que la desdicha de sus héroes no produce desesperación, ni deja en el alma las tinieblas de la duda, sino simplemente una tristeza resignada, porque Florencio no era escéptico.

En ternura y en pasión, las novelas de Florencio pueden rivalizar con *Pablo y Virginia*, pueden rivalizar con *Werther*, llevando á ésta la ventaja de la moralidad; pueden compararse con la *Grassilla* ó con el *Rafael*, de Lamartine, aventajándoles también en el estudio social y en la intención, y por estas razones pueden compararse con algunas de las creaciones de Balzac.

En esto no exageramos: otros más autorizados que nosotros han hecho las mismas observaciones ya, y nosotros no somos más que el órgano de la opinión general de los inteligentes.

Tales son esas bellísimas leyendas. Son varias, y se intitulan: *El cerebro y el corazón*, *La corona de azucenas*, *¡Hasta el cielo! Dolores ocultos*, *La Hermana de los ángeles*. Ellas, menos la última, se publicaron en una elegante edición, precedida de un hermosísimo prólogo de Guillermo Prieto, y se han reimpresso varias ve-

ces. *La Hermana de los ángeles* apareció después.

Muy poco después, Pantaleón Tovar publicó sus *Ironías de la vida*, novela de costumbres populares y que entraña también el estudio social. Tovar concibió un plan vastísimo y lo modeló según la famosa novela de Süe *Los Misterios de París*, que entonces estaba en boga. Para desarrollarlo se consagró al estudio de las costumbres y aun del lenguaje especial del *argot* de nuestro populacho, que es tan abundante en locuciones extrañas y en palabras convencionales, como el *argot* parisiense y como el *caló* de los gitanos. Con todos estos datos, Tovar escribió su novela, que se leyó mucho; pero Tovar es inconstante y se fatiga pronto en sus tareas literarias. Además, su alma parece devorada por un tedio incurable; ha sufrido mucho, y todas sus obras se resienten de una tristeza amarga que revela cierto desfallecimiento. La idea de su novela quedó trunca, y como él ha sido arrastrado también por el huracán de la política, y parece haberse retirado de la arena literaria al terreno prosaico de los guarismos, difícilmente la llevará á cabo.

Pasó el gobierno del general Arista, luego la dictadura de Santa-Anna; la literatura tuvo otro de sus períodos de mutismo frecuentes, y

durante la administración del general Comonfort volvió á dar señales de vida á la sombra de una paz que duró ¡ay! muy poco tiempo.

Entonces dos jóvenes aparecieron escribiendo novelas: Juan Díaz Covarrubias y José Rivera y Río.

Las del primero también son ensayos de estudios sociales, y se dieron á luz bajo diferentes formas, llamándose *Impresiones y sentimientos*, *La clase media*, *El diablo en Méjico* y *Gil Gómez el insurgente*, que parece una leyenda histórica. El carácter literario del joven mártir de Tacubaya, es bien conocido para que nos detengamos á analizarle. Aquella vaga tristeza, que no parecía sino el sentimiento agorero de su trágica y prematura muerte, aquella inquietud de una alma que no cabía en su estrecho límite humano, aquella sublevación instintiva contra una sociedad viciosa que al fin había de acabar por sacrificarle, aquella sibila de dolor que se agitaba en su espíritu pronunciando quién sabe qué oráculos siniestros, aquella pasión ardiente y vigorosa que se desbordaba como lava encendida de su corazón: hé aquí la poesía de Juan Díaz Covarrubias, hé aquí sus novelas.

Hay en su estilo y en la expresión de sus dolores precoces grande analogía entre este joven y Fernando Orozco. Hay en sus infortunios

quiméricos como un presentimiento de su horrible martirio, y por eso lo que entonces parecía exagerado, lo que entonces parecía producción de una escuela enfermiza y loca, hoy nos parece justificado completamente. Juan Díaz, como Florencio del Castillo, amaba al pueblo, pues se sacrificó por él; tenía una bondad inmensa, un corazón de niño y una imaginación volcánica, y todo esto se refleja en sus versos y en sus novelas, en cuya lectura cree uno ver á uno de esos proscritos de la sociedad, que arrastran penosamente una vida de miseria y de lágrimas, y no á un joven estudiante de porvenir, bien recibido en la sociedad y llevando una vida cómoda y agradable, como realmente era. En sus versos, Díaz habla de sus desdichas como Gilbert, como Rodríguez Galván y como Abigail Lozano. En sus novelas es dolorido y triste como un desterrado ó como un paria.

¡El numen de la muerte le inspiraba, y todas estas quejas eran exhaladas con anticipación, para ir á morir repentinamente y en silencio en Tacubaya!

José Rivera y Río, ya conocido por sus bellas composiciones poéticas, como Díaz Covarrublas, también publicó varias novelas sociales. Rivera y Río es tan original en su poesía como en su composición romanesca. Joven, precoz, apasio-

nado, vehemente, con un gran corazón y una alma ávida de todas las emociones, con una naturaleza sensual y delicada, aspirando con voluptuosidad el perfume de las rosas de su juventud; pero irritándose al contacto de las espinas, este poeta es la expresión de esa juventud fogosa é impaciente, de esa falange del porvenir para la que el reposo es la muerte, para la que el obstáculo es el imposible.

Rivera y Río sueña con su ideal, sonrío acariciándolo en su imaginación; pero cuando baja los ojos hacia la prosa de la vida y lo encuentra irrealizable, se indigna, se entristece y se rompe la frente calenturienta contra el muro de la maldad ó de la estupidez. De aquí ha venido que su carácter sea una rara mezcla de fe y de escepticismo, de ternura y de odio, de goce y de tormento. Su lira tiene transiciones increíbles; ya suena dulce y melancólica como el laúd de un trovador de la Edad Media, ya cambiando de súbito, produce notas vibrantes, roncadas y terribles, como la cítara de un profeta antiguo arrebataado por la cólera.

Hay además, que Rivera y Río abriga un fondo de honradez austera é intolerante. El no transige con el vicio, no puede ni siquiera disimular su indignación en su presencia; le persigue, le vapula, le maldice, y cuando le ve triun-

fante, no se da por vencido; lucha con él, le escupe, y derrama lágrimas de despecho por no poder aniquilarle. Tal es Rivera y Río como poeta; tal es también como novelista. Si sus versos salen de su boca como un rugido de la tempestad, su novela es una invectiva social. El nombre sólo de una de sus leyendas indicará sus teorías. *Fatalidad y Providencia* se llama esa serie de cuadros llenos de sentimiento y de tristeza, pero que á veces aparecen iluminados por relámpagos de cólera y de duda. Su estilo es fluido y enérgico; á veces tierno hasta la dulzura, á veces incisivo hasta hacer mal; vehemente las más veces, elegante siempre. Si Rivera y Río nos perdonara una libertad, le aconsejaríamos que se consagrara á la novela.

El produciría obras que podrían rivalizar con las de Federico Soulié, porque tiene su mismo carácter.

Hemos colocado en este tiempo el lugar de las novelas de Rivera y Río, que no se publicaron sino hasta 1861, porque su plan fué concebido entonces y porque él perteneció á esa época de renacimiento literario.

Pasó la administración de Comonfort y volvió á atrasarlo todo la guerra, esa guerra fatal que ha pesado sobre este país como una maldición, y que ha cegado las fuentes de su riqueza

material, así como ha paralizado su movimiento intelectual.

El gobierno progresista triunfó, y á su advenimiento á México, la política siguió agitando todas las almas, la guerra civil siguió rugiendo amenazadora, y la bella literatura no pudo florecer sino penosamente.

La novela, sin embargo, volvió á aparecer con su color de actualidad y con su estudio contemporáneo. Un escritor instruido, fuera ya de la edad de la juventud y con una larga experiencia del mundo fué el nuevo autor. D. Nicolás Pizarro Suárez había concluido y rejuvenecido su *Monedero*, y había escrito nuevamente su *Coqueta*, dos novelas que llamaron mucho la atención y que se leyeron con avidez.

Decimos que había rejuvenecido su *Monedero*, porque recordamos que cuando muy jóvenes y haciendo todavía nuestros estudios de latinidad, esta novela apenas comenzada, nos produjo agradable distracción en los ratos de ocio del colegio.

Pero Pizarro no la concluyó entonces ó no la popularizó, y nosotros no leímos su desenlace; de modo que en 1862, cuando su autor tuvo la bondad de regalarnos sus obras, nos pareció nueva enteramente.

Su novela *La Coqueta* es de menor importan-

cia. Es un cuento de amores; pero también es la fisiología del corazón de la mujer casquivana de nuestro país. Esta leyenda es un cuadro lleno de frescura y de sentimiento en que las situaciones interesan, en que el colorido seduce y en que la virtud resplandece siempre con el brillo de la victoria.

Ahora nos preguntamos después de repasar en nuestra memoria esas leyendas, ¿por qué razón estos autores se han limitado á publicar una ó dos solamente? ¿Es que acaso carecen de asuntos? Es imposible. ¿El desaliento arranca la pluma de sus manos? Pero ¿por qué no la retiene el deseo de instruir al pueblo y de vindicar á su país calumniado? Porque presentar á nuestro pueblo, tal como es, no sólo debe ser la misión del periodista y del historiador, sino del novelista, que tiene la ventaja de disponer de un terreno más amplio para sus cuadros y sus defensas.

¿Quieren consentir en que algunos ignorantes novelistas de ultramar derramen en el mundo civilizado sus absurdas consejas sobre nosotros, y lo que es peor, sus negras calumnias, que pasarán por verdades si los mejicanos no las desmienten con sus obras más dignas de crédito?

Acaba de publicarse, por ejemplo, *La Esposa*

*Mártir*, de Pérez Escrich, acerca de la cual hicimos ya una indicación. Pues bien la tal *Esposa Mártir* del autor del *Cura de Aldea*, es un tejido de disparates á que viene á dar realce esa ternura afectada y empalagosa y ese estilo sorporífero que caracterizan las obras de este autor.

La *Esposa Mártir* tiene lindezas como éstas. D. Angel Gurrea llega á la República mejicana y entra por el puerto del *Callado*. (¿eh?) Después se dirige á Méjico, deja su fragata fondeada en *Puebla de los Angeles*. (¿qué tal?) Se aloja en casa de un amigo, que tiene un jardín cuya verja está bañada por el lago de *Santa Fe*, de manera que desde allí puede embarcarse para atravesar el lago. El amigo le invita para dar un paseo no muy lejano al *rio Gila*. Hay un general mejicano que viste chaqueta de terciopelo azul, que llama á sus ayudantes á pistoletazos y que manda fusilar á un enemigo suyo español, después de almorzar con él. [Esta es una anécdota de las guerras de Argentina, contada por Dumas y plagiada por Escrich.] Hay, en fin, otras curiosidades que honran mucho á la Universidad en que Escrich estudió geografía, si es que la estudió. Increíble parece que un novelista de alguna nombradía y que escribe acerca de lo que se llamó Nueva España, incurra en semejantes

dislates. Pues en esta parte, á nuestro Mateos no podrá hacerse semejante reproche jamás, porque aunque no ha viajado por Europa, sus descripciones de algunos edificios y lugares de allá son de una exactitud fotográfica, porque se ha tomado la pena de estudiar y de consultar.

Del mismo modo que Escrich, han incurrido otros autores extraujeros en crasos errores respecto de Méjico, como Fernández y González y como esa turba de escritorillos franceses y yankees que han dado á luz con gran frescura, sus *Escenas de la vida mejicana*, sus *Impresiones en Méjico*, etc., etc., en forma, ya sea de narraciones de viaje ó de leyendas. Por todo lo cual se hace preciso que nosotros nos anticipemos á cultivar la novela nacional.

Con Pizarro se cierra la serie de novelistas anteriores á nuestra última guerra con la Francia y el Imperio. Durante ésta, se publicaron en París por la casa de Rosa y Bouret y vinieron á Méjico las dos primeras novelas de José María Ramírez, y una de Juan Pablo de los Ríos, intitulada *El oficial mayor*. La última es un cuadro de costumbres bien dibujado y lleno de sentimiento. Juan Pablo de los Ríos es un joven que ha probado todas las dulzuras de la vida y todos sus amarguras. Sujeto á las duras pruebas de una suerte ingrata, la sufre con re-

signación y busca en el trabajo y en el amor de la familia los consuelos que su corazón angustiado necesita. Conocedor de nuestra sociedad, en aptitud por su posición anterior de conocer sus misterios y sus costumbres, aun en las clases elevadas, él ha podido presentar tipos exactos que le eran familiares; y *El oficial mayor*, que es ya conocido en las Américas españolas, podrá dar una idea verdadera de nuestras cosas. Nosotros deseáramos que este joven autor se consagrara al estudio de buenos modelos, que cultivara asiduamente la literatura, porque podría darnos en lo sucesivo ventajosas pruebas de su talento.

En cuanto á las obras de José María Ramírez, como todas tienen un carácter especial, las analizaremos al tratar de *Una rosa y un harapo*, que pertenece á este tiempo.

Después del triunfo de la República, la literatura renace otra vez, y algunos escritores, movidos sin duda por las razones arriba expresadas, emprenden ya publicaciones importantes. De ellas vamos á hablar en la sección siguiente, y damos aquí un respiro á nuestros lectores, fatigados ya con tan larga revista.



## III

La primera obra romanesca que se halla en esta última época, es decir, después del Imperio, es *El Cerro de las Campanas*, de D. Juan A. Mateos, joven literato ya muy conocido como poeta lírico y como poeta dramático, y que ocupa un lugar ventajoso en el mundo de las bellas letras.

No vamos á hacer aquí el análisis de sus obras, que son ya numerosas; ésta es tarea que emprenderemos más tarde y en nuestras revistas posteriores, cuando hagamos estudios sobre nuestros poetas nacionales.

Hoy sólo mencionaremos su novela que acaba de terminarse y que ha sido muy bien recibida por el público, al grado de sobrepujar el número de suscritores á lo que había esperado el autor, que se ha visto obligado á hacer segunda edición de sus primeras entregas. Esto ha sido un acontecimiento en nuestra literatura, porque se ve bien claro que comienza á ser protegida de una manera eficaz, y que el talento no tiene ya por toda expectativa la indigencia y el olvido. La avidez de lectura que hay ya en el pueblo, va á ser satisfecha con obras nacionales, y

la protección dejará de otorgarse exclusivamente á las novelas españolas ó francesas. Mateos ha abierto este camino, y su buena suerte en él va á servir de estímulo á muchos. De todos modos, él tiene el mérito de haberse arriesgado á atravesar un mar desconocido, en el que pilotos menos felices habían acabado por naufragar.

*El Cerro de las Campanas* es una novela histórica y de actualidad. Ella ha venido á satisfacer un deseo general expresado con impaciencia. Una guerra tremenda acaba de pasar. El país ha sido agitado por una serie de acontecimientos, cuya grandeza puede medirse por la atención profunda con que los pueblos todos de la tierra han seguido su marcha, haciéndoles apreciar debidamente el carácter de Méjico, antes tan desconocido ó desfigurado.

Pues bien: estos acontecimientos grandiosos y terribles, *en los que la catástrofe ha sido decisiva y ruidosa, y en los que todo ha marchado como en un drama antiguo, hacia un fin sangriento y hacia un desenlace bastante memorable para servir de eterna lección á la historia*, como dice Prevost-Paradol en su prefacio á la obra de Mr. Keratry sobre "Maximiliano," no han sido recogidos todavía ni consignados de una manera que satisfaga las exigencias de la curiosidad pú-

blica. Publicaciones históricas, informes ó mutiladas, son las únicas que han podido hacerse dominando siempre en ellas el espíritu oficial, ya sea de nuestra parte ó ya de la parte de los enemigos de Méjico. Una historia filosófica falta, y quizás no es el tiempo de hacerla todavía; lo único que en semejantes circunstancias suele suplir la falta de la historia, á saber, la crónica, también ha sido descuidado, y las narraciones personales, juntamente con algunas tiras de periódicos que recogen los curiosos, es lo único que puede dar una idea imperfecta de esta guerra de Méjico, tan notable por sus causas, tan interesante por sus peripecias y tan asombrosa por su término.

El pueblo tenía necesidad de una lectura cualquiera, en que se hubiesen compaginado los hechos memorables que acaban de tener lugar; el pueblo deseaba saber lo que había pasado en todos los ámbitos de la República, quería conocer personalmente á sus defensores y á sus enemigos, sus glorias y sus intortunios.

Mateos resolvió proveer á esta necesidad por medio de una lectura romanesca, en que á la fábula de su invención estuviesen mezclados los relatos de los principales acontecimientos del drama mejicano. No creyó hacer la historia, sino formar un bosquejo; no fué su intención di-

rigirse á los pensadores que recogen datos para escribir la historia del mundo, sino dirigirse á las masas del pueblo para coordinar sus recuerdos y sus indagaciones; de modo que su obra no tiene pretensiones de ninguna clase; es una lectura popular y nada más. El amor allí es casi un episodio; es la cadena que une las fechas históricas, es el camino de flores ó de espinas que va conduciendo, con rectitud á veces y á veces tortuosamente, á todos los lugares consagrados por la gloria ó por la desgracia, y que comienza en Méjico en 1863 y concluye en Querétaro en 1867.

*El Cerro de las Campanas* es el título de esta novela, y él por sí solo significa el pensamiento del autor. Quizás en la narración haya vacíos, quizás la unidad de la trama romanesca no se haya prestado á abrazarlos todos. La historia de nuestra guerra nacional no es cosa que se pueda encerrar en un libro como éste. Muchos se necesitan para completarla, y pasarán largos años antes de que pueda decirse *nada falta*. Pero *El Cerro de las Campanas* es la sinopsis, es el embrión, es el bosquejo; y el pueblo tiene ya donde buscar una efeméride, donde encontrar un retrato, donde justificar un recuerdo; y el extranjero que ignore nuestras cosas, podrá formarse idea de ellas por esa narración, en que se

ha unido á un estilo dramático y pintoresco, un fondo de patriotismo exaltado.

No hablaremos de su estilo, de su trama ni de su desenlace, porque apenas hay quien no conozca la novela de Mateos, que ha entrado lo mismo al estudio del literato que al humilde cuarto del menestral. Sólo diremos que ha sido universalmente bien acogida y que ha producido á su autor regular recompensa. Gracias á Dios que los afanes del literato ya no recogen en este país sólo el olvido y el menosprecio por premio de sus tareas. Mateos, animado por este buen éxito, continúa en sus trabajos y va á publicar otra novela de actualidad, histórica también y de la que hablaremos en nuestra próxima revista, cuando la hayamos leído ya.

Apenas comenzado á publicar *El Cerro de las Campanas*, el general Riva Palacio anunció y publicó también una novela histórica, con el título de *Calvario y Tabor*, en la primer página de la cual escribimos nosotros algunas líneas pálidas para expresar el pensamiento del autor, pero en que hacíamos una indicación sobre su objeto. El general Riva Palacio, ventajosamente conocido también como poeta lírico, como poeta dramático, y como jurisconsulto, agrega á estas circunstancias la muy atendible de haber sido uno de nuestros héroes más ilustres,

uno de nuestros caudillos más ameritados en la guerra que acaba de pasar, y cuyas aventuras militares se prestan, como pocas, á la composición romanesca, coincidiendo en esto con su abuelo, el inmortal general Guerrero, cuyo nombre es conocido ya en todo el mundo por sus proezas y su grandeza de alma en la primera guerra de independencencia.

El caudillo popular y querido, retirado al hogar doméstico después de la azarosa campaña en que no ha descansado, quiso glorificar al humilde y buen soldado del pueblo que le había acompañado tanto tiempo, y recoger en una leyenda las gloriosas páginas de sus recuerdos de guerra, para satisfacer los deseos de un corazón agradecido y para eternizar tantas gloriosas hazañas que sin él corrían peligro de olvidarse pronto, privando á la historia nacional de tantos motivos de legítimo orgullo.

*Calvario y Tabor* es la historia de la guerra en el centro de la República; es la epopeya de esos hombres titánicos, que se mantuvieron á las puertas de la capital del Imperio sin alejarse nunca, sin desmayar ni doblegarse, haciendo frente al ejército francés; rodeados de enemigos, defendiendo la bandera nacional aislados y sin esperanzas, pero con la sublime fe del pa-

triotismo qua ve en la desventura la grandeza y en el patíbulo la victoria.

Grupo de soldados hambrientos, desnudos, abandonados, cuya cabeza estaba puesta á precio, que no podían ni reclinarla tranquilamente sino que estaban obligados á hacer del insomnio el guardián de su existencia amenazada; viviendo en los bosques y en las serranías armandose y equipándose con los despojos de sus enemigos, combatiendo sin cesar para poder vivir: hé aquí lo que fué ese ejército del centro, cuya epopeya es la poética leyenda de Riva Palacio.

Esta obra se recomienda por más de una cualidad. Fluidez de estilo, en que se une á la elegancia la sencillez; verdad en las descripciones de lugares desconocidos en la República, como los de la costa del Sur y la tierra caliente de Michoacán; escenas patéticas y terribles, como el envenenamiento de toda una división; exquisita ternura en sus episodios de amor, fraseología llena de sentimientos en sus galanes y en sus niñas enamoradas; todo esto hace de *Calvario y Tabor* una novela encantadora.

También Riva Palacio ha sido saludado con entusiasmo por el público cuando le ha visto pisar el campo de la invención novelesca. Natural era que la obra de un hombre tan conoci-

do y tan querido del pueblo fuese recibida con aplauso. Las suscripciones fueron numerosas, y la utilidad que obtuvo fué igual á la que obtuvo Mateos. Lo mismo que éste, Riva Palacio publica ya otra novela histórica que también analizaremos después, intitulada: *Monja y casada, virgen y mártir*, cuyo argumento está sacado de los archivos de la Inquisición de Méjico. El público corre á suscribirse, y la leyenda mejicana sustituye en el amor de nuestros compatriotas á la novela de Fernández y González, y á la hasta aquí mimada, novela francesa.

*Una rosa y un harapo*, es una novela original de un joven también original, D. José María Ramírez, ya conocido, lo mismo que los anteriores, por sus composiciones poéticas y por otras novelas que ha publicado en la época anterior la casa de Rosa y Bouret de París.

José María Ramírez comenzó á formar su reputación desde que era estudiante, en el colegio de San Ildefonso, y todos sus jóvenes amigos le dieron el apodo cariñoso de *Viejo*, quizás á causa de su circunspección precoz, ó de su aspecto, que no revela juventud. El caso es que con todo este aspecto y esta seriedad, Ramírez empezó á escribir versos eróticos llenos de ternura y de vehemencia, y leyendas sentimentales, erizadas de pensamientos filosóficos

y nuevos. La atención pública se empezó á fijar en ese joven pálido, encorvado y nervioso que veía pasar con su libro debajo del brazo, componiéndose á cada minuto los anteojos, y sumido siempre en profundas distracciones. En esta cabeza despeinada, en ese semblante de anacoreta antiguo, en esa mirada vaga, se adivinan las chispas del talento, porque en efecto, Ramírez lo tiene, y sólo una negligencia suma, que es como el fondo de su carácter, ha podido impedir que ascienda á una posición mejor, y se haya quedado retratando á Pedro Gringorius, el delicioso tipo dibujado por Víctor Hugo.

Ramírez lee todo con avidez y tiene un gran caudal de instrucción; pero sus estudios son raros, y en ellos tiene, como todos los hombres, sus predilecciones y sus singularidades. El autor á quien más quiere, estamos seguros, es á Alfonso Karr. La manera nueva de decir de este novelista le encanta, su independencia de carácter le sirve de modelo, su estilo lleno de color, nervioso y elevado á veces y á veces familiar, ha acabado por saturar, digámoslo así, el de nuestro novelista. Aquellas ideas de Karr que á veces alumbran el mundo con la dorada luz del sol naciente, y á veces con la azulada luz del relámpago en una noche oscura; que tienen, ora la profundidad de la ciencia, ora el

candor simple del niño; que enternecen con un gemido de amor ó espantan como una blasfemia; la seducen, la han hecho detenerse al bordo de los abismos de la meditación; y también él, á su vez, ha encontrado en ellos un manantial de líneas nuevas. Como Karr es un excéntrico y no parece sino que escribe, en ocasiones, sentado en el umbral de un hospital de locos, nuestro Ramírez, que ha formado su imaginación en sus leyendas y que tiene por sus estudios la misma escuela literaria que ese Hoffman francés, ha acabado por producir obras que tienen una forma extraña, pero que dejan adivinar un fondo luminoso y magnífico. Ramírez diserta á cada paso y en un estilo burlón y sentimental que da ligereza á la frase; pero su obra está erizada de epigramas amargas y de burlas deliciosas, conteniendo no pocas verdades de una novedad sorprendente. Sólo en algunos puntos la vida personal de Ramírez no se parece á su modelo. Nuestro novelista no es botánico, ni ama el mar, ni busca las soledades de los bosques ó la sombra de los parques, ni sabe nadar, ni se va á hacer observaciones zoológicas en una cabaña azotada por el Océano, ni es capaz de trepar por los mástiles de un buque y de sentarse en las gavias á fumar su pipa, como Alfonso Karr, que se ha hecho notable